

Bombays, julio 24, 1996

Continuidad



Ayer, tomando el primer café de la mañana, vi, donde habían estado anteriormente las encañadoras y las jabalinas con las manas cruzadas a la espalda, atraídas dos embarcaciones de río.
Entró a continuación a mi marido: "hay dos Yates ahí abajo".
El preguntó escéptico "¿Meñe?".
- ¿Dónde iba a ser?
No se acostumbraba a que ahora vivieran aquí y parece sorprendente, cada día, cuando se acerca a la ventana y se encara al panorama refrescante.
A veces pienso que ahora el barrio ruinoso, de calles estrechas y fachadas ennegrecidas por el humo, donde vivíamos antes; pero si se lo digo contesto que qué importa, que está encantado y que, de haberlo sabido, habríamos debido mudarnos hace tiempo.
- "De haber sabido" - le pregunta - ¿ qué?
Responde entonces que ha hablado sin pensar, que ha dicho "de haberlo sabido" sin estar considerando seriamente que hubiera algo que saber. Pero no sé si términos de cierta otimismo, como lo mío, sin asombrar y sin darme de responder al interior donde, imagino, se enroscaron de hombres e ignorar haber visto nada.
Sospecho que lo que de verdad le desagrada son los cambios, sin importarle en absoluto que sean para mejor. Pero, bueno, miró aunque fuera sin muchas ganas y dijo:
- ¿"Yates", son yates de verdad esos barcos?
- Sí.
Quedaba un poco de café en el fondo de la taza y lo bebí de un solo sorbo; el espíritu, sin embargo, que eran vieiros. Dejó la taza a un lado y dijo - puede ser.
No tenemos hijos. Si los tuviéramos quizás nuestras conversaciones fueran distintas; no demandado pero un poco más parecidas tal vez a las que mantienen los matrimonios que han de valer por ser de las que son responsables.
Entonces diríamos, él o yo, «este chico o esta chica, no sé, pero lo encuentro raro o raro» y el otro respondería:
- ¿Tú crees?
- Sí, parece triste últimamente... o distraído o, por qué no, un poquito aburrido.
- ¿Eh? ¿qué quedamos?

